Un casco de metralla le habia atravesado el pecho, y su muerte fué casi instantánea.

Tambien Silvio cayó al lado de Gaspar, herido de dos balazos en el costado; Horacio quedó herido en una pierna, y Muzio hubiera perecido á no ser porque la bala que le alcanzó dió precisamente en un reloj muy grueso que llevaba, regalo de la hermosa Julia, y el cual quedó hecho pedazos. Otra bala atravesó la mejilla izquierda de Attilio, mas por fortuna la herida no era mortal.

Tan espantosa llegó á ser la carnicería entre el pueblo, que al fin se vió éste precisado á retirarse, sin poder recoger sus muertos y heridos. Horacio cargó con Silvio á cuestas para llevarle á una casa cerca del puente, mas al volver á buscar otros, vió que la soldadesca se ocupaba en pasar á cuchillo á los que no habian muerto aun.

Muchas mujeres y niños, y otras personas indefensas que cayeron en poder de las tropas sufrieron la misma suerte.

En los dias solemnes de la revolucion es cuando se dan á conocer los generosos sentimientos de la clase obrera; entonces es cuando vemos á esos hombres del pueblo lanzarse valerosamente á la defensa de la causa comun, y si vencen en la lucha respetan la vida de los que se rinden; se baten como leones, pero no asesinan como los mercenarios ni se ensañan con sus víctimas.

En Lungara hay una gran fábrica donde se ocupan siempre numerosos trabajadores, y muchos de éstos se habian reunido con los insurgentes, dejando á varios de sus compañeros para guardar el establecimiento, pero rechazado el pueblo en el ataque del puente, todos los obreros que sobrevivian, así como otros fugitivos, se refugiaron en dicha fábrica, en la cual se tomaron todas las medidas necesarias para oponer una obstinada resistencia al enemigo.

Las tropas, por su parte, ocuparon algunas casas que habia en

frente, preparándose para un ataque en toda regla al ver que los ciudadanos parecian resueltos á defenderse hasta lo último.

Horacio, Muzio y Attilio habian entrado tambien con los demas, y su presencia bastó para animar á los insurrectos, mas por desgracia escaseaban las municiones, al paso que iban llegando nuevos destacamentos de tropas, lo cual no impidió que una vez roto el fuego se prolongara hasta la noche.

A las siete de la mañana siguiente, las tropas Pontificias se lanzaron al asalto, empezando por atacar la puerta principal de la fábrica, tras de la que se habia levantado una barricada; Horacio y Muzio distribuyeron hachas á sus hombres, y preparados de este modo, resolvieron todos vender caras sus vidas antes de entregarse.

El valeroso Attilio se encargó de la defensa de otra de las entradas, y despues de atrancar las puertas lo mejor posible, dispuso que algunos obreros se apostaran junto á las ventanas del último piso para arrojar sobre las tropas cuanto hubiese á mano; una vez tomadas estas medidas, reunióse con sus amigos en el puesto mas peligroso, armandose con el sable de un gendarme á quien habia dado muerte algunas horas antes.

La fábrica ofrecia en aquel momento un triste aspecto: los cadáveres de muchos valerosos ciudadanos se hallaban depositados en un patio, y los heridos en una de las habitaciones mas retiradas; en el centro de un estenso salon veíase una gran mesa cubierta de vendajes é hilas, y tres hermosas damas, que no eran otras sino nuestras antiguas conocidas Clélia, Julia é Irene, corrian de un lado á otro en aquel improvisado hospital, para hacer la primera cura á los heridos de mas gravedad.

La pobre Camila, que ignoraba la muerte de su querido Silvio, ayudaba en lo que podia á las señoras, y tambien habia allí otras mujeres del pueblo cuyo auxilio era muy eficaz en aquellas críticas circunstancias.

—¿ Y qué os parece de nuestra situacion? preguntaba Attilio á amigo Horacio ;hemos sostenido muchos ataques, pero me parece que el de ahora será el mas sangriento de todos. Lo que me consuela es ver á nuestra gente tan animada ; mirad , ni uno solo de ellos parece temer la muerte.

—Al contrario , repuso Horacio , están tan alegres como si se tratara de una fiesta, y si os parece, les invitaremos á que tomen un vaso de vino, pues así cobrarán nuevas fuerzas para continuar la lucha.

Algunos momentos despues , oíanse en la fábrica los gritos de ¡ *viva Italia* ! con que aquellos valientes , resueltos á defenderse hasta el último trance, parecian desafiar á sus enemigos.

Cucchi, Guerzoni, Bossi, Adamoli y otros intrépidos ciudadanos , no permanecian entre tanto ociosos : habíase abierto una mina bajo el cuartel de los zuavos, y estaba convenido que al estallar aquella, se lanzarian todos al ataque.

Cuantos soldados y gendarmes emprendieron la fuga al oir la esplosion , fueron detenidos en la calle y desarmados por el pueblo, pero no se dió muerte sino á los que opusieron resistencia.

En cuanto á la mina, no hizo mucho daño, á causa de no haberse puesto suficiente cantidad de pólvora, pero bastó no obstante para atemorizar á la tropa.

Varios periódicos del Gobierno italiano digeron en aquel entonces que solo algunos músicos del regimiento de zuavos perecieron á consecuencia de la esplosion , pero la verdad es , que el pueblo dió muerte á varios soldados, mientras que la tropa, abandonando los cuarteles , se formó en buen órden y rompió el fuego contra aquel. Bossi y Adamoli , á la cabeza de los insurgentes , atacaron valerosamente á sus enemigos, pero la lucha era demasiado desigual para que pudiera prolongarse por mucho tiempo ; Bonaparte habia tomado bien sus medidas ; Roma estaba llena de soldados franceses que se titulaban zuavos del Papa, y como además se disponia de otros refuerzos, no era dudoso el resultado.

Los fondos remitidos á Roma por los jesuitas de todas las partes del mundo, representaban una cifra inmensa, y á esto debemos añadir que muchos curas fanáticos , disfrazados con el uniforme militar (1) se mezclaron entre las tropas Pontificias para escitarlas á la matanza, prometiéndolas como recompensa la gloria del cielo y el oro de la tierra. ¡ Pobre pueblo romano ! Pero, ¿ de quién se compone éste ? Si separamos la parte del clero, los Cardenales, los Obispos, los curas, sus mujeres, criados y cocineros, sus cocheros lacayos , y todas aquellas personas que dependen de esa gente, ¿ qué quedaría ? Algunas honradas familias de la clase media y unos cuantos marineros y lazaroni ; esto es todo lo que compone el pueblo romano.

Continuemos nuestra historia : mientras Cucchi á la cabeza de sus hombres , y auxiliado por sus valerosos amigos , sostenia un combate tan heróico como desigual en las inmediaciones de los cuarteles , Guerzoni y Castellazzi , seguidos de una compañía de jóvenes resueltos , atacaban á la fuerza que habia en la puerta de San Pablo, y pudieron llegar hasta el depósito de armas, pero allí encontraron un numeroso cuerpo de tropas Pontificias , con las cuales se batieron desesperadamente, si bien fuéles preciso dispersarse al fin, dominados por la superioridad numérica de sus contrarios.

Los heróicos Cairolis habian vertido ya su sangre en defensa de la sagrada causa de la libertad, dando así una prueba de su ge-

(1) Entre los prisioneros que hizo Garibaldi en Monte Rotondo habia varios de ellos.

neroso y sublime patriotismo; la mañana del 24 de Octubre fué triste y sombría para los hijos de Roma; los últimos acontecimientos parecian presagiar las futuras desgracias de Italia.

El jefe de los *Setenta*, el nuevo Leonidas, yace sin vida en el campo de batalla, y su hermano Giovani, herido tambien, aunque no gravemente, llora junto al cadáver, así como sus compañeros, la dolorosa pérdida que acaba de esperimentar en aquel combate heróico, luchando contra un enemigo diez veces mas numeroso.

Los pocos jóvenes de la banda de Cairoli que habian sobrevivido, fueron á reunirse con los patriotas que se batian en las inmediaciones de Roma, pero poco despues, Guerzoni y Castellazi, rechazados con sensibles pérdidas, principalmente á causa de la falta de armas, hubieron de ocultarse por el pronto á fin de esperar otra oportunidad para luchar con mas ventaja.

Cucchi, Bossi y Adamoli, se distinguieron por su arrojo á la cabeza de sus destacamentos, consiguiendo apoderarse de algunos cuarteles de los zuavos, mientras el pueblo se batia con las demás tropas, pero allí tambien tuvieron que ceder los ciudadanos ante el número, la disciplina y la superioridad de las armas. Así terminó aquella insurreccion que costó la vida á tantos esforzados patriotas, los cuales luchaban solo por su independencia; habia sido necesaria una espantosa carnicería, durante la cual se derramó la sangre del desgraciado pueblo romano, para consolidar el trono vacilante del Vicario de Cristo, defendido tan solo por las bayonetas de los soldados de Bonaparte!

CAPITULO LIII.

Desenlace del drama.

Réstanos ahora tan solo referir los detalles del ataque y defensa de la fábrica donde se habia refugiado una parte de los insurrectos con sus principales jefes, resueltos á defenderse hasta el último trance.

—¡Alerta! muchachos, gritaba Horacio, el enemigo se nos viene encima.

En efecto, apenas pronunciadas estas palabras, las tropas asaltaron la puerta principal, pero como en el interior se habian apagado las luces, los soldados no divisaban á sus adversarios, al paso que éstos no les perdian de vista. Los primeros que se acercaron cayeron heridos de muerte por los certeros golpes de Horacio, Muzio y Attilio, mas aunque se consiguió rechazar este primer ataque, no fué sin sufrir una dolorosa pérdida. La bala de un revolver atravesó de parte á parte el corazon del intrépido Horacio, en el momento en que tendia sin vida á uno de sus enemigos que acababa de saltar la barricada.